

Elena Soriano

LITERATURA Y VIDA

I

ARTÍCULOS Y ENSAYOS BREVES

Prólogo de Carlos Gurméndez

P R O M O C I O N
EJEMPLAR NO VENAL

 ANTHROPOS
EDITORIAL DEL HOMBRE

- RESEÑA -

 ANTHROPOS
EDITORIAL DEL HOMBRE

Literatura y vida / Elena Soriano ; prólogo de Carlos Gurméndez. —
Madrid : Anthropos, 1992. — 20 cm. — ISBN 84-7658-366-4
I : Artículos y ensayos breves. — 1992. — 302 p. — (Pensamiento Crítico/
Pensamiento Utópico ; 72). — ISBN 84-7658-367-2

I. Literatura - Ensayos, conferencias, etc. I. Gurméndez, Carlos, pr.

II. Colección

82-4"19"

Primera edición: noviembre 1992

© Elena Soriano, 1992

© Editorial Anthropos, 1992

Edita: Editorial Anthropos. Promat, S. Coop. Ltda.

Vía Augusta, 64 Barcelona. 08006

En colaboración con el Ministerio de Asuntos Sociales,
Instituto de la Mujer

ISBN: 84-7658-366-4 (Obra completa)

ISBN: 84-7658-367-2 (Tomo I)

Depósito legal: B. 32.208-1992

Fotocomposición: Seted, S.C.L. Sant Cugat del Vallès

Impresión: Indugraf, S.C.C.L. Badajoz, 147. Barcelona

Impreso en España - *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

PRÓLOGO

PROFECÍA Y UTOPIA

Este libro recoge unos ensayos de la excelente novelista Elena Soriano en los que, ya en la década de los años cincuenta, anticipaba situaciones que constatamos en nuestros días. Revelan no sólo un lúcido y agudo pensamiento literario, sino también una unidad sólida: el sentido profético y utópico de todos ellos.

El don profético es la capacidad para ahondar en la realidad y descubrir sus tendencias y caminos ocultos. El filósofo alemán Ernst Bloch, en su obra *Ateísmo en el cristianismo*, dice que el profeta es como un viejo topo que horada las paredes subterráneas del proceso histórico y anuncia a voz en grito el futuro posible, el apocalipsis necesario. En este sentido, toda profecía es una utopía, mensaje que alborea en el horizonte de un mundo nuevo sobre las ruinas del actual. La utopía no es el sueño de la Razón pura, sino conciencia reveladora de las corrientes secretas que se desarrollan ante nuestros ojos, aunque no podamos verlas.

Elena Soriano en estos ensayos es como una adivina angélica, pues saca a la luz los demonios ocultos de la existencia, y señala las tendencias, a veces nocivas o trágicas, del mundo contemporáneo. No es la soñadora que podría parecer entonces, es una científica social que nos previene contra las situa-

ciones futuras, al verlas emerger de las corrientes enrevesadas de la Historia. En todos sus ensayos salta la verdad oculta que, con el tiempo, se convierte en dominante. En un ensayo, «La angustia en la novela moderna», dice: «La angustia, y no el miedo, es el mal de nuestro siglo, la clave de nuestra filosofía, la inspiración de nuestro arte». Después de analizar la historia filosófica de la angustia, redescubre en la vida cotidiana «la que siente día a día el obrero, el soldado, y el buen padre de familia cuando lucha, es decir, agoniza entre multitud de problemas económicos, políticos y sociales». Es lógico que la novela sea angustiada, al reflejar la realidad existencial. Con profunda sutileza estudia obras como *El castillo* y *El proceso*, de Kafka, símbolos expresivos de la desesperada angustia por alcanzar paraísos humanos que resultan inasequibles. Igualmente Faulkner ahondaba en la angustia de la pasión amorosa, y Albert Camus expresa la suya de sentirse extranjero en un mundo que ve disparatado, sin sentido. Prodigiosamente acierta nuestra pensadora, cuando define la novela *La porte étroite*, de André Gide, como la cumbre de una angustia religiosa paralela a *Temor y temblor*, de Kierkegaard. No se contenta con diagnosticar este mal de la angustia y su necesario reflejo en la literatura, y afirma: «La novela actual es mejor que la de antes por ser más humana, más fundida con la verdadera esencia de nuestro ser». Sin embargo, siente que el mundo angustiado que vivimos es resultado de no haber podido el hombre llegar a ser humano total, «estamos aún en pleno tránsito de la barbarie a la sabiduría».

Los ensayos «La culpa», de André Gide, y «Bacchus», de Jean Cocteau, le sirven para iluminar el estado de ánimo de los jóvenes de hoy. Así, el concepto de acto gratuito de «las cuevas del Vaticano», de Gide, es revelador de las actitudes juveniles de nuestro tiempo. Y en esa obra de Cocteau, se revela la terrible soledad de los jóvenes que no se comprometen más que consigo mismos, rehusando abrazar la bandera de una política determinada. El protagonista de esta obra es el idiota del pueblo, conocido por el nombre de Baco, un nihilista que domina a todos por el terror.

Otro de los grandes aciertos que encontramos en este libro es el descubrimiento de lo insospechado en el teatro concep-

tual, filosófico, de Jean-Paul Sartre: la emoción que organiza toda su obra dramática, buena nueva hasta ahora rigurosamente disimulada por el antisartrismo imperante. También es enormemente enriquecedor el concepto del melodrama como representación del sentimiento patético, frente al frío racionalismo y el cálculo burgués del interés privado, que descubre la autora en las obras dramáticas de Jean Anouilh, cuyos temas son el amor, la dicha, la malignidad del dinero. También resalta, en el teatro de Paul Claudel, su visión de la mujer, que eleva y dignifica hasta convertirla en mediación necesaria para llegar a la comunicación con Dios.

Las profecías de Elena Soriano se expresan con mayor esplendor en sus ensayos sobre los problemas de la juventud. En «Aprendices de dioses» (1957) señalaba tendencias que son actualmente dominantes: el sentido utilitario y pragmático de la vida; la entrega al deporte para hacerse más fuerte y poderoso; la ambición de fama y gloria; un acatamiento reverencial por el triunfo. Todas estas conductas revelan el afán de dominio y voluntad de poder vitalista que impera en la juventud. Un año más tarde, profundiza esta temática con nuevos hallazgos: el niño, como ídolo de la familia; el joven, como máximo valor de la existencia; el carácter paidocrático de la sociedad con sus dos errores básicos: ensimismamiento juvenil y guerra al sentimentalismo. Los jóvenes no saben amar, juegan con el amor, la política es vacío intelectual, triunfa el gamberrismo, la literatura *hip*, el sexo libre, la violencia desenfrenada. Asimismo, en su ensayo «Paidocracia y literatura», se ocupa del reflejo de esta situación dramática del joven en la novela moderna, en la que descubre una afirmación esperanzadora, clavo ardiente al que se aferra esta juventud ante el vacío que deja el derrumbe de las ideologías: «Tal vacío, se ha llenado de elementos utópicos, con más o menos probabilidades de ser alguna vez ideológicos». Nuestra pensadora subraya la necesidad de trascenderse, de no quedar sumergidos en sí mismos, pasivos e indiferentes, sino de proyectarse hacia un futuro en el que realizar la verdad absoluta del corazón humano.

A través de un sagacísimo análisis de las *Memorias*, de Simone de Beauvoir, y en su intervención en la sesión inaugural de los actos conmemorativos del centenario de Unamuno, Ele-

na Soriano formuló su personal, bellísima e íntima utopía sobre el amor: ya no será sólo ardorosa pasión recíproca, también «pasión del conocimiento de sí mismo y de los demás, y del mundo y del trasmundo; es, acaso, lo único que merece llamarse amor». Pasión de sabiduría que impulsaba a la gran escritora francesa desde que se vio nacer como mujer libre, independiente, digna, al rechazar su condición de mero objeto, condenada a la pasividad y sumisión al hombre. El ansia de conocer la verdad de la realidad, una ontología primordial define la utopía de la autora de estos magníficos ensayos. Por ello, se revuelve con tierno furor crítico contra el nihilismo vertebral de las novelas de Pío Baroja, quien se niega a creer en ideologías, pues las considera todas vacías, dañinas, negativas. *Los visionarios* es la novela objeto de su análisis sobre el nadismo barojiano: «Es un visionario como todos los grandes españoles. ¡Qué manera de ver la realidad más irreal!», exclama uno de sus personajes. Pero la utopía no es la visión fantástica de un mundo futuro, sino una anticipación consciente basada en la experiencia concreta que nos ofrece la realidad histórica. Definir a los utopistas como unos visionarios enloquecidos por la fiebre de la imaginación poética, es denigrar el espíritu creador. Por el contrario, son los que ven la descomposición de una sociedad y cómo germina otra nueva en el seno de la misma. Elena Soriano se indigna contra estas afirmaciones del personaje barojiano: «Queremos la libertad, el desarrollo individual, aunque haya un proceso de desorden y hasta de inmoralidad». Declaración rotunda —dice— contra todo redentorismo político, social y religioso, que parece hacer gala de un egoísmo cerrado, una indiferencia total por la suerte del prójimo.

Profecía y utopía se unen sabia y gozosamente en sus ensayos sobre el donjuanismo femenino, donde concierta el futuro que es presente y la realización de un sueño racional de la mujer. El derecho al donjuanismo es, pues, una conquista del feminismo triunfante aunque, insinúa sutilmente, las mujeres que se dejaban conquistar, en el fondo, eran ellas las que seducían a los hombres con los espejismos de su belleza corpórea y espiritual. En estos espléndidos trabajos contrapone el eterno femenino, es decir, la mujer considerada naturaleza invariable,

sujeto pasivo víctima de la culpa original, del eros y, a la vez, criatura sublimada por el platonismo cristiano, al eterno masculino: subjetivismo cartesiano, donjuanismo posesivo, violación de las leyes divinas, jacobinismo burgués-liberal. Por ello, Don Juan encarna el revolucionario que rompe con todas las instituciones más sagradas: el matrimonio, la fidelidad conyugal, la Iglesia, los mandamientos divinos: «El burgués Don Juan, cada vez más escéptico, incluso ateo en casi todas sus versiones europeas, siempre continúa siendo un fervoroso creyente en la condición sagrada de la feminidad». Luego, el espíritu cortés del amor platónico feudal sigue persistiendo en la figura de Don Juan. Pero sostiene que la esencia verdadera del donjuanismo masculino es el afán de notoriedad, pues la conquista de la mujer es para obtener renombre, fama, y suscitando el escándalo hace que se conozcan sus hazañas por doquier, lo que lo reduce a mero individuo vanidoso.

En el siglo XVIII con la Ilustración aparece en la novela *Les liaisons dangereuses*, de Choderlos de Laclos, la primera Doña Juana auténtica: la marquesa de Merteuil, «quien representa el donjuanismo más genuino». Es hermosa, joven, rica, antojadiza, sensual, rápida en planear sus aventuras, aficionada a las intrigas, fría e indiferente a la suerte de sus víctimas. Pero esta Doña Juana, arquetipo de burladora femenina, fracasa en su tentativa amorosa, y no deja huella su ejemplo. Fue necesario que una utopía como el feminismo llevase a cabo la conquista de la igualdad de la mujer, suprema realización de un proyecto ideal.

Ahora bien, la autora reconoce que grandes teóricos del feminismo fueron socialistas, como Augusto Bebel, y otros varones ilustres, que abrieron el camino a la liberación sexual de la mujer. Para ello, era necesario derribar los sublimes valores de la feminidad: castidad, virginidad, inercia erótica, para conquistar la libertad de amar. Este proceso de consciente independencia, Elena Soriano lo denomina «feminización del mundo», que se expresa en una sentencia de Louis Aragon: «La mujer es el porvenir del hombre». ¡Hermosa profecía de la utopía! Con sabio acierto, igualmente rechaza el donjuanismo masculino y el femenino, aunque admite este último como una conquista de la mujer liberada. Así, frente a James Bond,

especie de superhombre, surge Modesty Blaise, heroína que «consume a los hombres como un Don Juan a las mujeres», ambos personajes originados por la sociedad capitalista americana.

La utopía exige deserotizar el amor, humanizarlo por completo; enseña a las parejas a compartir la existencia, a crear vínculos sólidos, «ocupación definitiva de la amistad. No caigamos, pues, de la desmitificación de Don Juan en la mitificación de Doña Juana», nos aconseja. La mujer debe concentrarse en sus múltiples actividades, pues actualmente tiene unos intereses espirituales propios con la obligación de desarrollarlos, y no puede perder su tiempo en conquistas amorosas superficiales.

Aconsejamos al lector de este libro de ensayos una atención reflexiva a todos ellos. Estoy seguro de que se sentirá arrebatado por el vuelo de la utopía moral y, seducido por las sabias predicciones de la profecía, se sentirá hondamente feliz con la secreta esperanza que de ellas emana en un mundo mejor, diferente al angustiado y vacío que hoy vivimos.

CARLOS GURMÉNDEZ